

REVISTA

PIEZAS

en diálogo filosofía y ciencias humanas



VOLUNTADES ANTICIPADAS

Ricardo Páez Moreno

SOBRE LA UTILIDAD DEL ANÁLISIS HISTÓRICO DEL CONSERVADURISMO

Laura García Navarro

LA FILOSOFÍA DE LA CIENCIA DE SOKAL Y BRICMONT

Mario Alberto Lozano

Reseña
ZYGmund BAUMAN,
LOS RETOS DE LA EDUCACIÓN
EN LA MODERNIDAD LÍQUIDA



ENTREVISTA:

**Juliana González
Valenzuela**

Rafael Rivadeneyra Fentanes

Título: Piezas, en diálogo filosofía y ciencias humanas.
Editor: Jaime Torres Guillén.
Editorial: INSTITUTO DE FILOSOFÍA A.C.
ISSN: 1870-7041
Época: II Época
Volumen: VII
Número: 22
Año: 2016
Periodicidad: Semestral
Encabezamientos de materia: 1. Filosofía. 2. Ciencias Sociales. 3. Educación. 4. Teología. 5. Cultura.

REVISTA
PIEZAS
en diálogo filosofía y ciencias humanas

Camino Real a Colima 5160, Col. Balcones de Santa María, Tlaquepaque, Jalisco. Teléfonos y fax: 01 +52 01 (33) 3631 0934
www.if.edu.mx

PIEZAS en diálogo filosofía y ciencias humanas
Revista semestral de filosofía
revista.piezas@if.edu.mx

Impreso en los talleres de Prometeo Editores S.A. de C.V. Libertad #1457, Colonia Americana, C.P. 44160, Guadalajara Jalisco.

ISSN 1870-7041
Reserva de derechos al uso exclusivo del título Piezas núm. 04-2014-02061112800-102
Certificado de Licitud de Título 13577
Certificado de Licitud de Contenido 11150

Derechos reservados del autor:
Los documentos de esta publicación pueden ser reproducidos total o parcialmente, siempre y cuando sean utilizados con fines académicos y se cite la fuente.

Piezas, en diálogo filosofía y ciencias humanas, es una publicación del Instituto de Filosofía A.C. (Tlaquepaque, Jalisco, México), con una periodicidad semestral, dedicada principalmente a la filosofía y ciencias humanas articulando en estas disciplinas la esperanza cristiana y la preocupación social. El público al que va dirigido esta revista es aquel interesado en estos campos.

Correspondencia y canje
torresguillen@hotmail.com

Suscripciones: revista.piezas@if.edu.mx

DIRECTORIO

INSTITUTO DE FILOSOFÍA A.C.

Luis Felipe Reyes Magaña, MSpS
Mario Octavio Llamas López, MSpS
Rafael Rivadeneyra Fentanes

Rector
Decano de Estudios
Secretario Académico

REVISTA PIEZAS, EN DIÁLOGO FILOSOFÍA Y CIENCIAS HUMANAS

Jaime Torres Guillén
Eneyda Suñer Rivas
Luis Fernando Suárez Cázares
Luis Armando Aguilar Sahagún
Hector D. León Jiménez
Rafael Rivadeneyra Fentanes

Editor y Director
Consejo Editorial

Consejo Académico Asesor

Elba Noemí Gómez Gómez
Mauricio Beuchot Puente

Gabriel Vargas Lozano
Humberto Orozco Barba
Fernando M. González

Tomás Almorín Oropa
Elisa Cárdenas Ayala
Paulo Henrique Martins

Jorge Cadena-Roa

Alberto L. Bialakowsky

Jaime A. Preciado Coronado

Lucio Fernando Oliver Costilla

Marcos Roitman Rosenmann
Israel Covarrubias González

Stefan Josef Gandler
Rodrigo Espina Prieto

Jorge Alonso Sánchez

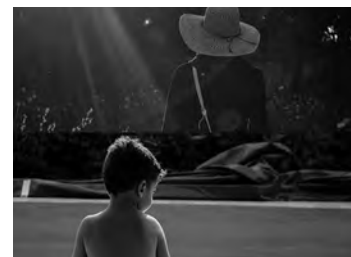
Francisco Tapia Velázquez
Daniel Martín López Gallegos

ITESO
Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM
UAM-Iztapalapa
ITESO
Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM
Universidad Intercontinental
Universidad de Guadalajara
Universidad Federal de Pernambuco, Brasil
Centro de Estudios Interdisciplinarios en Ciencias y Humanidades-UNAM
Universidad de Buenos Aires, Argentina
Departamento de Estudios Políticos, Universidad de Guadalajara
Centro de Estudios Latinoamericanos, UNAM
Universidad Complutense de Madrid
Universidad Autónoma de la Ciudad de México
Universidad autónoma de Querétaro
Instituto Cultural Juan Marinello, La Habana, Cuba
CIESAS-OCCIDENTE, Guadalajara

Diseño
Diagramación



Jualiana González. Fotografía de la portada



Este número presenta fotografías de:
Perla Brambila y Francisco E. Gómez Flores

ÍNDICE

ENTREVISTA

Juliana González Valenzuela:
La condición humana y la ética como tareas de la filosofía 4



ESCENARIOS

Voluntades anticipadas: de la reivindicación de la autonomía al valor de la solidaridad. 11
Ricardo Páez Moreno



La filosofía de la ciencia de Sokal y Bricmont: un modesto realismo científico cognitivo 22
Mario Alberto Lozano



Sobre la utilidad del análisis histórico del conservadurismo 36
Laura García Navarro



Andy Warhol: de la transgresión del arte o del carácter paradójico del objeto artístico en el mundo contemporáneo 48
Rommel Navarro Medrano



ENSAYOS

Raíz antropológica y teologal de un símbolo paradójico. Jerusalén 54
Luis Armando Aguilar Sahagún



Entrecruces literario-filosóficos: Una reflexión en torno a la justicia a partir de Los justos de Albert Camus. 66
Luis Fernando Suárez Cázares



La necesaria liberación del amor. Breve exordio para confrontar la cálida armonía de saberse amado 76
Héctor Sevilla Godínez



Elogio del sabio y meditación de lo biográfico 85
Rafael Rivadeneyra Fentanes



RESEÑAS

Zygmund Bauman, Los retos de la educación en la modernidad líquida 92
Luis Gabriel Mateo Mejía

LOS RETOS DE
LA EDUCACIÓN

LA NECESARIA LIBERACIÓN DEL AMOR BREVE EXORDIO PARA CONFRONTAR LA CÁLIDA ARMONÍA DE SABERSE AMADO

HÉCTOR SEVILLA GODÍNEZ*

* (México, 1976). Doctor en Filosofía por la Universidad Iberoamericana de la Cd. de México. Es Miembro del Sistema Nacional de Investigadores en el CONACYT (Nivel 1). Es profesor e Investigador del Departamento de Ciencias Sociales y Humanidades del CUValles, de la Universidad de Guadalajara.

Resumen: El presente artículo aborda uno de los apegos cotidianos al que menos se ha puesto objeción en el mundo contemporáneo: la fijación a amar y ser amados. El objetivo de este texto es, por tanto, demostrar que centrados en una concepción alternativa de tales constructos es posible liberarse de ellos. En ese sentido, si no hay un yo sustantivado ni un amor que vivir como experiencia, lo que resta es una actitud filosófica de apertura a todo y a todos, en la cual se comprenderá que la ruptura y la pérdida constituyen experiencias ineludibles en la vida.

Palabras clave: Amor, Liberación, Yo, Vacío, Apego.

Recibido:
27 de noviembre
de 2015

Aceptado:
05 de marzo
de 2016

Introducción

El amor, se nos ha dicho, es todo lo que necesitamos para una vida feliz. Se nos ha repetido una y otra vez en nuestras conciencias que el amor puede dar un sentido a la vida. No obstante, el amor es también un apego e, incluso, la fuente de muchos apegos, por lo que se erige como el más fuerte de los apegos luego del apego al yo. El tema es de importancia fundamental para el debate y el diálogo, no sólo en el ámbito de la filosofía, sino también en el de las ciencias sociales. Por supuesto, está vinculado a otras áreas de la cultura y de las manifestaciones artísticas. Sirva el

presente texto para fomentar la actividad pensante y reflexiva en quienes están dispuestos a no saberlo todo.

1. Sobre la relatividad de las ideas del amor

Si cada persona vive el amor y lo experimenta de diferentes maneras, así como lo entiende y *siente* de diversos modos, termina siendo algo muy específico y relacionado siempre al individuo que dice amar. Se rompe con ello el sentido unívoco del amor, pues no hay una sola manera de con-

cebirlo al no haber una expresión común del amor debido a los interminables matices contenidos en la palabra “amor” y a las formas de expresarlo que cada individuo vive. De ahí que no exista *el* amor, sino sólo el término que utilizamos para conceptualizar cosas que pensamos o sentimos sobre alguien. Desde luego, la utilización de la palabra “amor” supone una uniformidad innecesaria de los distintos modos posibles en que cada persona entiende lo que siente y percibe. No hay amor sino sólo personas que dicen amar, personas que utilizan el concepto para expresarse y para dignificar lo que sienten mientras aprovechan el consenso de que “el amor es bueno”. El amor, por tanto, puede estar relacionado a dos conceptos supuestamente unívocos: el Bien y Dios. Lo revisaremos enseguida.

2. Sobre la supuesta bondad natural del amor

Primeramente, se le atribuye al amor una bondad natural que en sí misma no tiene, pues no hay bondades naturales y tampoco hay un sustantivo Amor que exista y sea de manera independiente a los humanos. Por otro lado, cuando se afirma que “Dios es amor”, por ejemplo, se está asumiendo que el amor *es*, aun sin la existencia del hombre; pero como la idea de Dios depende del hombre, con mayor razón debe reconocerse que del mismo hombre depende aquello que hemos supuesto relacionado intrínsecamente a tal Dios. El amor es sólo una más de las construcciones a las cuales debemos desapegarnos para entender mejor el misterio que la vida supone en conexión a algo mayor de lo que comprendemos.

Nos hemos creído que el amor, al ser derivado de un Bien supremo, es bueno por sí mismo. Esto no coincide con las experiencias de algunos individuos que dicen sufrir por amor, cosa que quizá hayamos hecho nosotros mismos alguna

vez. El amor, dicen otros, es algo que ha de entenderse correctamente para no errar en la manera de amar; sin embargo, si la cuestión es entenderlo en forma correcta entonces debe implicarse que cuando hablamos del amor nos enfrentamos a una cuestión simbólica construida en continua relatividad, puesto que, incluso conceptualmente, no hay un consenso sobre su “correcto entendimiento”.

Construir la vida en función del amor es apegarse a un sinsentido terrible e insano. ¿Quién de nosotros podría afirmar lo que es el amor sin convertirse, por ello mismo, en un falsificador? El amor es producto de un ejercicio valorativo sostenido por una jerarquía particular que cada individuo elabora. No hay valores absolutos por el hecho de que todos los valores dependen del valorador y tal valorador dista mucho de ser absoluto.

El amor es una más de las falacias que impiden el reconocimiento de nuestros vacíos. Si el amor es algo que se siente, entonces se puede dejar de sentirlo; si es algo que se piensa, entonces puede dejar de ser pensado tal como se le piensa en un momento determinado; si el amor es una convicción, no puede ser unívoco; si el amor es una reacción emocional, menos aún puede estar cimentado sólidamente; si el amor es un sentimiento es todavía más variable y contingente que si fuese cualquiera de las anteriores; si el amor es una decisión, entonces, al igual que el resto de las decisiones está supeditado al caos y al cambio natural y cultural.

Se me dirá hasta aquí: “hay personas que se han amado toda la vida”; esto último tendríamos que delimitarlo mejor y distinguir que existen personas que “han vivido juntas toda la vida”, pero que estas mismas personas digan que se han amado no garantiza que así haya sido realmente, pues puede que su unión tenga muchos otros motivos que quizá no tengan que ver con



Foto: Francisco E. Gómez Flores

el amor. Uno de tales motivos es el apego al amor, el cual se adhiere al apego sobre la persona que se supone nos da amor o nos permite ser individuos que aman y son amados. Las relaciones pueden cimentarse en la mutua utilización perpetua; en tal caso no se trata de amor infinito o una incondicionalidad altruista, sino sólo de una romántica manera de usarse mutuamente. El amor nace del provecho personal, no hay amor sin condiciones, éstas siempre están presentes; con conciencia o sin ella, la utilización es obvia.

3. La contingencia implícita del amor

Todo acto amoroso, al igual que todos los actos, es contingente; con esto me refiero a que está sujeto a una serie de circuns-

tancias, no siempre voluntarias en el individuo, para permanecer siendo como es. Lo más probable es que el amor nunca sea igual un día y otro, las cosas cambian, se modifica nuestra perspectiva de lo que nos rodea y cambian nuestras necesidades. Al cambiar éstas, sin duda cambia nuestra percepción de la persona que decimos amar y, por tanto, quizá se le deje de amar. Ya he dicho que el amor es sólo una palabra con la que entendemos una serie de cosas que hacemos o sentimos, su sustancialidad no contingente es sólo una fantasía, una ilusión deseable y muy rentable para acomodar ahí nuestros ilustres y muy humanos sentidos de vida.

Si el amor es una construcción simbólica entonces, al igual que el resto de construcciones que hacemos, tiene una



fecha de caducidad y un desenlace. No es el objeto de amor lo que tiene caducidad, sino que el objeto de amor es también una ilusión en nuestra mente; la caducidad es remitida cuando se invierte nuestra connotación simbólica al objeto de amor, de lo cual se deriva una falta de interés. El amor es inestable, frágil y, principalmente, temporal. Mucho hemos escuchado de la necesidad de cuidar el amor y recomendaciones tan terriblemente ridículas como la de “regarlo como una plantita”. Si el amor es equivalente a una planta, al igual que ella ha de morir en algún momento, a menos que compremos una planta de plástico con la que hagamos la comparación. Es cierto que es más virtuoso enamorar cada día a la misma persona que convencer cada noche a una distinta; sin embargo, la cuestión es

que incluso la persona más enamorada deja de estarlo sin los debidos cuidados. Por ello, si aceptamos que el amor es algo que debemos cuidar, asumimos su fragilidad, su temporalidad y la necesidad de mantener en nuestra cabeza, impávida e inamovible, la imagen de aquella persona que decimos amar. Pero, como toda persona cambia al igual que sus percepciones, por más que intentemos reprimir su movilidad, no hay perpetuidad en las relaciones amorosas, aunque esto no resta, como ya indiqué, la posibilidad de la perpetuar la compañía.

No hay amor, sino sólo la palabra que nos sirve para identificar nuestras formas de relación. El apego al amor supone, naturalmente, la posibilidad implícita de apegarse a los objetos amados, a las personas amadas en concreto. Cuando alguien se

Foto: Francisco E. Gómez Flores

No deseo parecer un estoico imperturbable cuando afirmo la precariedad de las relaciones humanas.

apega a otra persona debido a que le permite sentir que puede amar, no sólo le está usando sino que además se está esclavizando. Si esta persona decide algún día, por la precariedad del amor mismo, que ya no desea amar a su pareja, es probable que el otro busque intensa e insanamente que no sea dejado de amar, hará plegarias, rogará y se arrastrará por tal persona en la medida que su apego se lo implique; pero eso es, naturalmente, ceguera. Negarse a soltar a quien nos ha dejado de amar equivale a solicitar que tal persona no nos deje libres del apego, es suplicar una atadura, una soga al cuello, una pistola frente a nuestros ojos. Para rogar ser amado se necesita, simplemente, ser un miserable. Cualquier miserable que ruega por ser amado no se da cuenta que ruega por algo que en sí mismo no es necesario, sino que es falso, inexistente, ficción fina. A todo ello nos lleva el apego al amor, el cual sólo es superado por el apego a la persona que decimos amar.

Cuando alguien se apega al amor, pero se libera del apego a la persona que llegó a pensar que sería “la única a la que amaría en su vida” o “la única que lo amaría”, al menos puede soltar su deseo de exclusividad con tal persona. La cuestión es que incluso sin ella, en caso de continuar el apego al amor de forma irracional, el individuo en cuestión se buscará un suplente que lo esclavice, jugará los mismos juegos, se pondrá las mismas ataduras y caerá de nuevo en el rol del amante que “riega su plantita de amor”, para al final decepcionarse y volver a buscar nuevos o nuevas candidatas que actuarán el rol de la persona que le ama. Ciertamente, a cada nuevo actor se le dirá que es quien ha hecho la mejor representación.

4. La negación del desamor

Por supuesto, hay algunos que evitan la decepción y caen en la negación del desamor o la finitud del amor. Pero la negación del desamor es tan ingenua como la afirmación del amor. Que una relación no termine no evade a cada miembro de la evasión de la ruptura, de la simulación, de la ceguera o de la apatía de volver a quedarse solos. De lo que estas personas no se dan cuenta es que los seres humanos tememos profundamente a la soledad y que tal temor es la fuente de nuestras ideas de amor. Habría que decir, enfáticamente, que estamos siempre en soledad, sin importar quién está en nuestra mesa, casa o cama, solos seguimos y solos morimos; la compañía es sólo una manera de soportar la soledad pero ésta siempre está y todo lo contrario a ello es una simulación más.

Se podría objetar hasta aquí que he dado ejemplos que no aplican en las relaciones en que las parejas se conocen mutuamente y actúan conforme a tal conocimiento. Pues bien, ante tal objeción debe decirse que si el amor se funda en el conocimiento que tenemos del otro entonces es precario y falso. No tenemos certezas de algo debido al desconocimiento implícito. El otro tiene una parte que jamás podré ver puesto que veo lo visible y eso que veo es siempre seguido de una interpretación desde mis parámetros siempre falibles. Que tales parámetros sean favorables a uno que otro individuo que sea beneficiado por mis gustos o aprecio no tiene nada que ver con el hecho de que sean ciertos los supuestos que les sostienen.

Dos personas que se aman son sólo un par de enfermos del virus que el otro contiene, son dos individuos que creen que aman y que mantienen la fe de que “lo suyo” es una historia aparte del resto del mundo, distinguible de las experiencias fracasadas de los mediocres que no saben

amar. Ellos, sin embargo, no están exentos de la mediocridad y su amor no es más que la evasión de su propia soledad, la negación de su propia miseria, la ocultación de sus miedos y, sin ninguna duda, la salvación que tanto añoran. Si además son “bendecidos por Dios” en su amor, se sentirán privilegiados y elegidos, agradecerán ser parte de la elite de los que sí encontraron el amor, de los que sí son felices. Ese es un supuesto más: que el amor otorga felicidad perpetua cuando, de por sí, nada perpetuo hay en lo humano aunque así lo quisiéramos ver.

Tan vacíos estamos que necesitamos vernos en los ojos de alguien que además nos diga que nos ama. Tan profundamente solitarios nos sentimos que deseamos a alguien que pelee junto a nosotros contra el resto del mundo. Tan inseguros vivimos que anhelamos a alguien que haya nacido explícitamente para amarnos. Tan agobiados estamos que queremos depositar nuestra esperanza en alguien que esté siempre a nuestro lado. Tan deseosos de control que firmamos actas de compromiso hasta que la muerte nos separe. Tan poco éticos que juramos amor para toda la vida sin darnos cuenta de que el amor está sujeto a las contingencias que no manejamos. Tan pobres somos que queremos enriquecernos de amor. Tan ilusos que suponemos que Alguien nos da su Amor desde las alturas. Tan fantasiosos que además pensamos que tal Ente superior planea las cosas para que alguien más sea nuestro destino. Tan tremendamente mortales que rogamos que tal persona nos acompañe aun después de la muerte. Tan infantiles que nos molestamos si alguien se atreve a cuestionar (como ahora) la veracidad, plenitud, belleza, sentido y grandeza del Amor (con mayúsculas) que además creemos poseer. Tan inocentes somos, en suma, que incluso aseguramos que somos capaces de la incondicionalidad. Tan arrogantes, que

creemos ser el centro de la vida de otros y asumimos que en nosotros encontrarán su razón de ser. Somos tan crédulos que pensamos que todo lo que necesitamos es amor. Al final, todo esto es solamente vanidad.

No deseo parecer un estoico imperturbable cuando afirmo la precariedad de las relaciones humanas. Es sólo que estimo conveniente que despertemos a la realidad de la equivocidad del amor, de la limitación implícita en el mismo término. No es que haya amores mejores, inteligentes o tontos, sino que todos y cada uno de los supuestos que están relacionados al concepto “amor” son sólo construcciones muy relativas y situadas contextualmente al interior y exterior del individuo.

5. El carácter infinito del amor

No se trata de decidir que de ahora en adelante no se amará a nadie más que a uno mismo pues, como he dicho, aun el *yo* es una fantasía; ¿qué amaría de mí sino más bien el bienestar de mi presente? El cuidado de sí es más honesto que el amor propio, por ello el desapego del amor es tan importante en el cuidado de sí. Este cuidado personal supone la desconexión de cualquier esclavitud que suponga perpetuidad. Puedo decidir afirmar mi sentimiento por alguien, pero a eso no puedo llamarle amor, pues tal es un término polivalente fundado en una multiplicidad de sentidos originados por cada individuo de acuerdo a las distintas etapas de su vida. No se trata de no sentir, se trata de no absolutizar lo que se siente. No se trata de no hacer algo provechoso por otro ser humano, se trata de no dañarse a sí mismo al excluir el cuidado de sí.

Parte de la atención y respeto que le debo a otro ser humano consiste en permitirle hacer las cosas por sí mismo y no hacerlas yo en su nombre y/o en nombre



Foto: Francisco E.
Gómez Flores

del amor. No se trata de no ayudar a los demás, se trata de hacerlo con naturalidad y no en función del apego a amar y ser amado, lo cual es la muestra más clara de nuestra insignificancia. Ciertamente es que nos significamos por medio de los demás, pero no por ello hemos de cerrarnos al resto del mundo por una sola persona.

No estoy ahora mismo proclamando la muerte del amor o su terminación. El verdadero amor no termina pues en realidad nunca comenzó. No puede terminar lo que no es. El amor no se extinguirá nunca en el mundo puesto que jamás ha iniciado. No borremos lo que entendemos por amor, borremos las implicaciones que hemos supuesto en el acto de amar. Por ello, nadie es culpable de generar expectativas amorosas más que la persona misma que crea las expectativas. Lo que sentimos y que hemos nombrado "amor" es algo temporal; a nadie se le puede reclamar por dejar de amar puesto que en realidad no se amó nunca. El único responsable de una desilusión es aquel que se ha ilusionado. Sólo sufre por un desamor quien se ha forjado expectativas en función del amor mismo, lo cual es exclusiva responsabilidad de quien creó tales expectativas. Si estoy

triste por una infidelidad, soy responsable de mi tristeza por ilusionarme con tal cosa que llamamos amor; en realidad, la otra persona sólo dejó de fingir conmigo y se puso a fingir con alguien más. Si estoy frustrado porque alguien no me respondió como yo esperaba o no me mostró el amor como yo deseaba, el culpable nuevamente soy yo por suponer ingenuamente que el otro tenía que acoplarse a mí.

Cada persona que dice sufrir por amor ha de cuestionarse si no es, más bien, en función a su propio egocentrismo y al anhelo frustrado de control y posesión exclusiva por lo que sufre. Cuando digo que la persona que se siente defraudada es, en realidad, la culpable de eso mismo por esperar lo contrario, no afirmo que sea directamente responsable de lo sucedido ni me refiero a una culpa del todo consciente, pues es casi imposible crecer sin anhelar aquello que se nos ha dicho que es lo mejor que existe en la vida. Tampoco somos culpables de no poder ser incondicionales al desear o apegarse al amor, pues nadie puede amar sin expectativas implícitas.

No se afirma con esto que no podamos disfrutar parcialmente de todo aquello que hemos sometido al término "amor".

Lo podemos hacer siempre y cuando entendamos que la posesión, el control, la exclusividad, la perpetuidad, la univocidad, la supremacía y la atemporalidad no tienen nada que ver con eso, a pesar de que hayamos construido, paradójicamente, nuestra idea de amor en ello. Todo ser viviente quizá necesite por un tiempo la ficción de amar y ser amado, pero una vez que despierte a la conciencia de su valor implícito sólo permanecerán los recuerdos de la esclavitud.

Amar no es algo prohibido, ni siquiera el apego al amor. Si el amor es algo construido entonces cada cual puede gozar de sus construcciones mientras éstas se estén cimentando. Pero hay que entender que ninguna construcción es perpetua por el hecho simple de que todo está rodeado de falibilidad y que todo lo que es puede no ser. Si requerimos un poco de ficción para gozar más de las relaciones íntimas, entonces demos la bienvenida a la ficción, siempre y cuando entendamos que el telón siempre tiene que bajar. Amar es intentar con todas las fuerzas que la vida tenga un sentido; pasamos la vida así, construyendo un sentido mientras destruimos la vida que por amor entregamos. Mucho mejor sería asumirnos sin sentido y sin amor, compartiendo la honradez de no tener algo que ofrecer y aun así intentar morir por alguien más.

De tal modo que cuando decimos que amamos a alguien en realidad sólo evidenciamos que le necesitamos para dar un poco de valor a nuestra vida, que nos complace percibir que le somos importante, que nuestro ego requiere de atención, que estamos indefensos y necesitamos compañía, que requerimos algo por lo cual vivir, que procuramos llenar nuestros vacíos con el cuerpo de alguien tendido en el sofá, que anhelamos compensar nuestras carencias infantiles, que hemos de volcar lo mejor de nosotros para evidenciar que aún tenemos

Cuando deseamos fervientemente la cercanía de otra persona sólo deseamos poner su rostro en el temido y confrontante reflejo del vacío.

un poco de valor, que podemos sentir que somos alguien cuando nuestro nombre se escupe de los labios de alguien más, que tememos vivir sin ser tomados en cuenta, que necesitamos ser escuchados antes que los interminables y agotadores monólogos, que tenemos que exprimir nuestro espíritu con quien nos es afín o, en suma, que no queremos creer que somos incapaces de darnos y hacer aquello que todos quieren: amar. Y queremos amar para sumarnos junto a otro sin saber que el amor nos puede restar y volvernos desconocidos para nosotros mismos. No somos la suma ni la resta tras las experiencias amorosas. El amor consistiría, en todo caso, en no sumarnos ni restarnos.

6. El amor y el vacío (o sobre cómo dejar de controlar)

Lo único que realmente puede estar con nosotros sin restarnos ni sumarnos algo es, en efecto, la incertidumbre del vacío. Soltar al control consiste dejarse poseer por el caos tras entender que no hay control posible; se vive, se siente, se permanece, se flota, se vuela y se morirá al fin en una armónica desarmonía constituida por nuestra levedad. No hay salida cuando el círculo está por fuera, cuando la circunferencia puede verse desde dentro y cuando no hay forma de convertirse en prófugo más que no siendo.

La euforia de saberse sin pasiones es probablemente la mayor pasión que existe. Cuando deseamos fervientemente la cercanía de otra persona sólo deseamos poner su rostro en el temido y confrontante

reflejo del vacío. Podemos preguntar a ese hueco cómo quiere llamarse hoy o de qué se vestirá, qué nombre desea que pongamos en los labios al llamarlo o quién ha de ser y cómo habrá de aparecer.

La fragilidad posee a los seres que decimos amar, constituye la posibilidad de ausencia siempre latente en quienes están y han de estar con nosotros. Las relaciones nunca son estáticas, no pueden durar siempre ni ser del mismo modo todo el tiempo. La contemplación de esto nos muestra los límites, la levedad, la finitud, la pequeñez, las fronteras infranqueables. Mi relación y las relaciones de todos los individuos, constantemente, son con una ficción, no con las personas; todo hombre y mujer es sólo un contenedor de una ausencia latente a la cual posee como preámbulo a la muerte en la que se volverá una nada definitiva.

Hemos recibido la común enseñanza de que somos alguien distinto a los demás en todos los aspectos y que en esa diferencia debemos ser amados. A partir de tal parámetro, la mayoría de las personas acepta la idea de ser apreciado, visto o considerado por lo que es. No obstante, poner en duda tal diferencia sustancial y entenderla sólo como una cuestión accesorio es un preámbulo para la comprensión de una visión más amplia y menos centrada en la univocidad del ser.

En ese sentido, reconocer la incompatibilidad de lo que somos con lo que creemos que somos permite desprenderse de lo que se ha solido nombrar como “autoconocimiento”, lo cual está sujeto a la validación que la misma persona hace de sí, condicionando con ello la veracidad de su versión. El conocimiento que otros tengan de nosotros o las etiquetas con las que somos identificados carecen de legitimidad si comprendemos que están sustentadas en percepciones parciales. Si la idea que tenemos de los que supuestamente amamos puede estar condicionada por lo que en

ellos queremos ver y lo que hemos adjudicado a su ser, de ello se desprende la oportunidad de cuestionar a quién realmente amamos cuando decimos amar. Sustentada en esta consideración se encuentra la idea de la nada, es decir, la parcialidad y simpleza de lo que hemos creído como sustento del ser. La nada representa el vacío de las apreciaciones y de las categorías humanas, es el parteaguas desde el cual se asume que no hay certezas tales como para asegurar la verdad de nuestras simbolizaciones. Nada es lo que conocemos de lo verdadero, símbolos hemos puesto en lo que nos rodea.

No hay tal cosa como el amor sustanciado sino sólo subjetividades que utilizan la palabra “amor” para etiquetar aquello que sienten. La vivencia del amor no es, por tanto, una cuestión de orden general, sino que está supeditado a características de la persona en cuestión. De tal modo, la idea de estar obligadamente llamados a amar de un modo particular es un apego que se ha arraigado a través de lo que aprendemos culturalmente. Liberarse de la idea de ser lo que creemos ser o de amar como es debido hacerlo constituye un modo de contemplar nuevas posibilidades.

Precisamente, tras la liberación de la necesidad de amar, lo que resta es una experiencia nihilista que puede resultar angustiante si se le interpreta como algo aterrador. Contrario a eso, la visión óptima para comprender este vacío es asociarlo a la posibilidad de un gran cúmulo de nuevas elaboraciones o sentidos. Liberarse de la compulsión de etiquetarse es una de las principales encomiendas del hombre contemporáneo; saberse distinto a lo que ha creído y permitirse vivir de un modo diverso la existencia, utilizando la palabra “amor” para designar a eso que vive, es uno de los derechos que corresponden y a los que está invitado todo humano de nuestro tiempo.